

IV - MESAS REDONDAS

1. Los signos de los tiempos

LOS SIGNOS DE LOS TIEMPOS, HOY

ANDREA RICARDI

Comunidad de San Egidio

Queridos amigos:

Estoy muy contento de dirigirme a ustedes, dentro del marco de la Asamblea General y en el corazón del año jubilar, 350 años de la muerte de san Vicente de Paúl y de Santa Luisa de Marillac; su herencia vive en ustedes y en su preocupación misionera; es ciertamente una bella historia de amor por los pobres. Sí, ustedes tienen — y nosotros tenemos — un Evangelio que comunicar al mundo, para dar a conocer la alegría de la gratuidad y del amor por los pobres. Una Buena Nueva en este mundo mercantilista, donde todo se compra y todo se vende. Nuestras familias, — la familia de san Vicente de Paúl y la Comunidad de San Egidio — desde los años 70, han afianzado sus relaciones fraternas y de amistad. Santa María en Trastévere y nuestra oración de la tarde ha abierto sus puertas a las anteriores Asambleas Generales. Además, muchos amigos, miembros de su Congregación, han participado personalmente sirviendo en el restaurante que en pleno corazón de Roma, representa un espacio tranquilo, para miles y miles de extranjeros, de zingaros, de italianos heridos por la miseria y a veces por la violencia.

Hoy, juntos, queremos ver de manera ideal las rutas del mundo, que — como lo afirma Pablo — gime con dolores de parto. Pero, ¿el mundo gime todavía? ¿Todavía hay signos para escuchar y para ver? Nosotros queremos escuchar los gemidos y percibir sus sufrimientos para responder con humildad y coraje: la creación entera espera — según el Apóstol — la revelación del Hijo de Dios. Nosotros podremos decir: los pueblos y los pobres esperan ver brillar los carismas de caridad y de amor que nosotros hemos recibido. Los que sufren nos esperan. Es necesario percibirlo.

Hoy, en nuestro entorno, no existen grandes visiones de futuro. Karol Wojtila escribía en los años sombríos del comunismo: el hombre sufre porque no tiene visión. No hay muchas visiones en este nuevo siglo que hace poco comenzó. Dos grandes sentimientos, entre otros, han atravesado los primeros diez años de este siglo XXI y dominan los corazones: el miedo y el deseo de bienestar. Este siglo XXI comenzó con dos grandes hechos que me parecen reveladores: el primero, el 11 de Septiembre de 2001: el atentado terrorista contra las “torres gemelas” en Nueva York. Este atentado revela la expresión de una época de violencia y de lucha entre civilizaciones y religiones. Después, dos guerras contra el terrorismo y varias acciones terroristas. Los diez primeros años del 3^{er} milenio, que ciertamente conocieron momentos positivos, están marcados por la violencia: la violencia terrorista y el crimen organizado. El 11 de Septiembre inauguró el tiempo del miedo. El choque de civilizaciones y de religiones parecía confirmarse. El diálogo se consideró como una ingenuidad y a partir de esto y gracias a ello, la guerra fue rehabilitada. Así se entiende que hay que defenderse de los otros. Los tiempos de la ingenuidad y la gratuidad ya no existen, como tampoco el tiempo de puertas abiertas. Se habla sobre todo de seguridad. A poca justicia y menos amor, más seguridad... la seguridad de la que se habla, refleja el miedo que hay en el corazón de nuestros contemporáneos.

Entre tanto, el mundo se convirtió en un mercado global: sólo basta pensar en el ingreso de la China en la Organización Mundial de Comercio, el 11 de Noviembre de 2001. En ese momento, se esperaba mucho del mercado mundial, como si fuese la encarnación de la providencia: se creía que el mercado podría aportar por todas partes la paz y la democracia. Pues no fue así, todo lo contrario, en algunas partes del mundo aumentó la pobreza.

El gran mercado mundial con sus mensajes, creó en cada individuo un fuerte deseo de bienestar y de posesión de bienes. Las esperanzas de hoy tienen un carácter material. Son esperanzas individualistas, de bienes y de bienestar. Actualmente se habla de un nuevo materialismo postideológico.

Estamos en el tiempo del miedo y de las expectativas materialistas y consumistas

Ante este mundo, muchos se convierten en pesimistas y resignados. Otros, — incluso buenos cristianos — no saben por dónde comenzar. Se diría que hay poco que hacer sin tener en cuenta las interferencias tan complejas. En este mundo globalizado todo está en relación. ¿Hay que ser pesimistas? Los primeros diez años de este

nuevo siglo no ha hecho historia, como no sea la historia de demasiados sufrimientos.

Pienso en los hechos de Haití, ese bello país, pobre, con una dura historia, que ha conocido una devastación terrible, provocada por un terremoto de magnitud siete. Bastaron 35 segundos para destruir un mundo. Se habla de 200.000 personas sepultadas y de cerca de 3 millones de personas damnificadas sobre una población de 9 millones de habitantes. Ahora, cuando los medios de comunicación se preocupan cada vez menos de los sufrimientos de Haití, me alegra saber que Haití representa para ustedes un territorio de reconstrucción y de esperanza. La comunidad de san Egidio en Puerto Príncipe, al igual que todas las comunidades en el mundo, se han puesto de acuerdo para destinar recursos humanos y materiales para ayudar a este pueblo a renacer.

Ciertamente, el terremoto ha cubierto todo de una gran oscuridad que ha puesto al descubierto la fragilidad de la vida humana. El salmo 11,3 nos describe la impotencia del justo: "Cuando los fundamentos están en ruinas, qué puede hacer el justo?". Se habló mucho de solidaridad inmediatamente después de la catástrofe, pero ahora solo hay silencio. Hemos ido olvidando este terremoto que ha marcado el comienzo de este segundo decenio del siglo XXI: es un signo que nos pide una solidaridad universal, que nos invita a salir de una mentalidad individualista y materialista. La globalización de los mercados y de los medios de comunicación se convierte en un peligro si no se da una globalización de la solidaridad.

Hay que tomar como punto de partida Haití. Es necesario partir desde los pobres para llegar al mundo entero

En este mundo dominado por el dinero, donde todo se vende o se compra hay que madurar la idea que los hombres y los pueblos sean una gran familia. Los cristianos, en este nuevo siglo, el siglo XXI, deben colocar a los pobres en el centro, en pleno corazón de esta familia: ellos son y serán sus mejores amigos. La identidad cristiana está profundamente marcada por el amor a los más pobres. No se trata de un cristianismo que se hace ideología o política, sino un cristianismo que tiene sus raíces profundas en la oración y la fe. Es ahí donde está plantado el germen del cristianismo del siglo XXI. Si queremos recorrer con pasión los caminos del mundo, hay que partir desde los más pobres, desde Haití, no desde nuestra casa, no desde nuestros problemas, sean interiores o institucionales. Así podemos convertirnos en hombres de la historia y en hombres de espíritu.

Cada uno, si ama los pobres, puede convertirse en un místico, es decir en un íntimo de Dios, místico quiere decir: cercano a Dios,

íntimo de Dios. Gregorio el Grande, obispo de Roma del 590 al 604, hizo frente a los pueblos bárbaros que invadieron Italia, la caída de un mundo y sus instituciones, el hambre y la pobreza. Gregorio era un político romano, un prefecto. Vivió luego en un monasterio meditando las Escrituras. Sin embargo realizó la experiencia mística del amor del prójimo. Mientras ese mundo caía, Gregorio consideraba a los pobres como una parte determinante de la familia de la Iglesia: *“En la medida que un alma se entrega a amar a su prójimo crecerá en el conocimiento de Dios”*, dice él en Ez II, 2,15. No se trata de una idea romántica. Aquel que se inclina delante de los pobres renace desde lo alto.

La comunidad san Egidio comenzó el año 2010, con la visita del papa Benedicto XVI. El Papa visitó el comedor donde comen los pobres de Roma. Ese 27 de Diciembre, delante del Papa Benedicto, y con ocasión de esta visita, yo quise dar gracias a los pobres, porque estoy convencido de que ellos son los maestros y los protectores de la Comunidad, como unos ángeles desconocidos. Lo hice con convicción. Los pobres, en nuestras comunidades, en todas las comunidades, son los vicarios del Espíritu Santo: ellos nos inspiran y nos guían por las vías del amor. A partir de los pobres, crece una visión del mundo como familia de los sin familia, familia de las familias, familia de los pueblos. Por eso, yo digo siempre a nuestras comunidades: unidos a los pobres, ustedes podrán construir espacios libres fundados sobre la gratuidad, en un mundo dominado por el interés económico.

A partir de los pobres podemos cambiar el mundo, porque el Evangelio brilla de una manera más luminosa. Gregorio dice: *“Inclinándose sobre el prójimo, se adquiere la fuerza para estar de pie...”*, nos hacemos fuertes. Una vida cristiana, amiga de Dios y de los pobres, espiritual y social a la vez, sin separación entre el sacramento del altar y el sacramento del pobre. Así se cierra la separación entre por un lado la espiritualidad distraída de los hombres y por otro, el compromiso social, sin corazón religioso, que se convierte en política, en ideología o en una sociología. Volvamos a la visión de los Padres. En esta época de materialismo, de mercado, la espiritualidad es fuente de amor, de gratuidad o de solidaridad. Existe un sacerdocio común de los fieles en el servicio de los pobres. San Juan Crisóstomo dice:

“¿Acaso no estimas en mucho el tener en tu mano aquella copa de la que va a beber Cristo y llevarla a sus labios? ¿No caes en la cuenta de que sólo al sacerdote pertenece entregar a los fieles el cáliz de la sangre de Jesucristo? Yo no analizo, dice Jesucristo, minuciosamente los bienes que me presentas para compararlos con los que has recibido de mí. Recibiré de buen grado lo que me

des. Aunque no seas más que un laico, no rechazaré los bienes que me des y no te exijo tanto como has recibido de mí. Yo no te pido tu sangre; tan sólo un vaso de agua, pero fresca. Piensa, pues, a quien das de beber y que te entren escalofríos. Piensa en que te haces sacerdote de Cristo, cuando con tu propia mano le das no tu carne, no tu sangre, no un pan, sino un vaso de agua fresca. El te viste con vestiduras de soldado y lo hace personalmente; pues vístelo tú a lo menos en sus siervos. Te hace glorioso en los cielos, líbralo tú acá del frío y de la vergonzosa desnudez. Te hace conciudadano de los ángeles: recíbelo tú bajo tu techo, recíbelo en tu casa siquiera como a uno de tus criados. No rehusé, dice El, semejante mesón, aun cuando Yo te he abierto toda la morada de los cielos. Te libré Yo de estrechísima cárcel. No espero lo mismo de ti ni te digo que me saques de la cárcel: no te exijo eso, sino solamente te digo que a mí, enfermo, me visites” (Homilía XLV, sobre el Evangelio según san Mateo).

Quien ama a los pobres no puede aceptar que el mundo sea siempre el mismo o empeore. Él mantiene la esperanza de cambiar el mundo.

¿Cambiar el mundo?

El mundo puede cambiar. Se puede convertir en una familia teniendo como punto de partida a los pobres. Pero, ¿esto se puede llevar a cabo en este mundo que parece irremediabilmente dividido? Piensen por ejemplo, en el antagonismo con el Islam. A veces decimos: “Europa esta invadida por los inmigrantes... ¿Será islamizada?”. El Occidente mira el África solamente para explotarla. Los Chinos hacen lo mismo. Muchos conflictos han aparecido entre los países que deberían ayudar a Haití... Muchos piensan que no se debería hacer ningún cambio, pero piensan en defenderse.

Yo creo que nosotros los cristianos tenemos una gran tarea. En estos tiempos de antagonismos, tenemos el deber, no de vencer, sino de remendar el tejido humano totalmente rasgado entre las personas, los grupos, los pueblos. El mundo, invadido por los medios de comunicación [donde todo se ve y todo se sabe rápidamente] sufre por la ausencia de una verdadera comunicación. Hablamos de diálogo; hay muchos que están contra y otros que están a favor. ¿El diálogo es acaso una debilidad? Sin embargo, la lengua del amor se convierte en diálogo. El diálogo quiere decir hablar a otro, a alguien diferente. Desde el punto de vista religioso quiere decir: hablar con un miembro de mi familia. No se trata de una fórmula matemática de resultados inmediatos. No se trata de una victoria, sino de un

amor que debe ser cultivado. Yo sueño con esa gran liturgia [herencia de Juan Pablo II] del espíritu de Asís. Fue en Asís donde el papa, como sirviente de la humanidad, tomó la iniciativa de reunir los hombres que no se consideraban hermanos.

El lenguaje del amor, a lo largo de los años, creó un tejido de amistad y de unidad, una red que atraviesa el mundo, para que el mundo no se divida. ¿Los resultados? ¿La victoria? “En la amistad, se encuentra la victoria” era el proverbio de un viejo patriarca oriental. Pienso en Tayyeb, un amigo querido de la Comunidad de san Egidio, que fue nombrado como Gran Imam d’al Azhar, quien acompañó nuestro itinerario de búsqueda de la paz y el encuentro entre religiones, partiendo de sus propias raíces espirituales y sus tradiciones más profundas. Dentro de este contexto, recuerdo mi más reciente viaje a la Costa de Marfil, donde tuve la oportunidad de encontrarme con los Imams del país, al igual que su guía, para firmar un pacto de cooperación y arrancar la violencia de éste país. ¡Se puede hacer mucho!

¡Nuestro ideal es la paz!

Los cristianos son, — enseñaba Clemente de Alejandría — “*Eirenikon Genos*”, una raza pacífica. La paz comienza con los pobres; la paz continúa en la amistad. La paz hoy está amenazada; muchas guerras están abiertas. Basta pensar en la guerra en Tierra Santa, en Irak o en Afganistán, todas ellas tragedias que parecen no tener fin. Y además hay otras guerras que no están bajo los proyectores de los medios, pues se desarrollan en lugares que no son estratégicos para la geopolítica actual. A esto se agrega la amenaza terrorista, la amenaza nuclear, mucho más complicada que la guerra fría... Otro ejemplo, las guerrillas de tipo ideológico o político, reemplazadas por una *violencia difusa*, que se ha convertido en una manera de vivir.

La caída del comunismo en 1989, nos dio la esperanza de una paz larga y sólida. En este tiempo las negociaciones en Tierra Santa había dado resultados importantes. En Sudáfrica, el régimen del apartheid se había hundido. La paz llegó a Mozambique en 1992, con lo que se dio fin a una guerra olvidada. En El Salvador, luego de unos años difíciles, se llegó a la paz. Estos son sólo algunos signos de esperanza.

Los años noventa, fueron lamentablemente, unos años de derroche, tanto de energías como de posibilidades. Muchas pasiones nacionales o nacionalismos volvieron a aparecer; se atizaron muchos odios; se establecieron las primicias de nuevos conflictos. Con el

tiempo se fueron olvidando los horrores de la segunda guerra mundial, con sus seis millones de judíos muertos en la Shoah, con los miles de civiles muertos por la violencia de la guerra, con el uso de la bomba atómica. Creímos que la economía de mercados nos conduciría rápidamente a la paz, la democracia, el progreso... Sin embargo, la crisis actual contradice nuestras esperanzas. Apareció el 11 de Septiembre y la respuesta a este hecho no fue el 11 de Noviembre.

La guerra es la madre de todas las pobrezaas. La guerra empobrece a los ricos, pero golpea especialmente a los pobres. En las tierras donde reina la desesperanza, los Estados a menudo se disgregan. La falta de Estado es una pobreza más para los pobres que viven alejados de todo orden. Esto es lo que ocurre en algunos países africanos, donde la resignación se combina a una rabia profunda, haciendo de esto un terreno fértil para nuevas violencias; para muchos el horizonte del mañana está marcado por la desesperanza. A pesar de esto, *nosotros podemos correr el riesgo de la paz.*

¡Qué herencia de paz dejó el Señor a sus discípulos! Jesús lo expresó en su último discurso en el evangelio de Juan: "Les dejo la paz, les doy mi paz, pero no como la da el mundo" [Jn 14,27]. La paz, la del Evangelio, es la ausencia de guerra, de violencia, de opresión, pero es algo más, como lo proclaman los profetas y lo canta el apóstol Pablo en su carta a los Efesios: "*Porque Cristo es nuestra paz*" [Ef 2,14].

La resistencia a la violencia, a la guerra, al odio, se arraiga en la identidad profunda del cristiano, en la imitación del Señor de la Paz, la paz surge de nuestra humanidad. Las palabras de un monje ruso, san Serafín de Sarov, son de actualidad: "*Adquiere la paz interior y muchos, a tu alrededor, encontrarán la salvación*". De un corazón que recibe el Evangelio de la paz, salen energías de paz que se difunden entre los hombres y mujeres que están a su alrededor.

La defensa de la paz es decisiva, pues como todo el mundo, a veces nos dejamos llevar por las pasiones, la xenofobia, los nacionalismos, los conflictos, los fundamentalismos, la venganza y acabamos por derrochar miserablemente el gran don de la paz. El que seamos cristianos no nos inmuniza contra la intoxicación de estas pasiones. *Las comunidades cristianas están conformadas por hombres de paz, que antes de ser pacifistas son pacíficos.*

Nosotros debemos comprometernos con cosas más grandes. Nosotros estamos llamados a ser pacíficos y a vivir como pacificadores. En este mundo donde todo se calcula, todo se vende o todo se compra, ser pacificadores se traduce en 'gastar generosamente su propia vida'. La generosidad siembra algo en la historia aún en los contextos más complejos. El Eclesiástico afirma: "*Pierde tu dinero por un hermano y un amigo: que no se herrumbre bajo una piedra y lo pierda*"

[29,10]. El hombre pacífico es generoso. Si pienso a una comunidad como la vuestra, la veo como una pequeña globalización [fraternidad de hombres de países diferentes] en el mundo, viviendo en paz y fraternidad. No se trata de una institución sino de una fraternidad profética... Ustedes se pueden preguntar: hay problemas por todas partes... además nuestras comunidades están en dificultad, nuestro futuro es confuso y a esto se agrega que nuestras comunidades envejecen... ¿Cómo pensar en nuestro porvenir?

El salmo 37 dice: *“El hombre de paz tiene posteridad”*. El futuro, — dice el salmo — pertenece a los hombres de paz. Los cristianos son los sabios que nos se dejan intoxicar por las pasiones o la violencia. En la oración judía del sábado en la tarde, el Rabbi Eleazar nos dice: *“Los sabios hacen crecer la paz en le mundo”*. El Evangelio de la paz, no será una moda, solo si él se encarna en el corazón de todo discípulo y en los fundamentos de la comunidad. Nuestras comunidades son espacios libres y de paz. Por eso, los cristianos son perseguidos. Antes era una ideología, ahora es algo bien diferente...

Recuerdo los cristianos de Irak. No son asesinados porque representan una amenaza, sino porque con sus vidas, se oponen a ese clima intoxicado por la violencia, por una economía destructora, por el desprecio. Ellos son un punto de referencia pacífico y humano. Annalena Tonelli decía: “Nuestro trabajo en la tierra es ‘hacerla vivir’. La vida no es la condena, el ‘jus belli’, la acusación, la venganza, remover el cuchillo en la herida, destacar los errores, las faltas de los otros...”.

La paz es vivir juntos a pesar de las diferencias, ya que en la historia nadie es igual a otro: el hombre no es similar a la mujer, los conciudadanos no profesan la misma religión, no pertenecen a la misma etnia, no tienen la misma lengua, no tienen la misma condición social, los pueblos tampoco son iguales. La paz es vivir con el otro.

Las comunidades cristianas constituyen un espacio de aire limpio, en este mundo donde se respira una atmósfera pesada, egoísta, conflictiva. Las comunidades cristianas se tejen con amor y con un espíritu de perdón. Muchas comunidades humanas [barrios, suburbios, pueblos] viven divididas. Don Andrea Santoro, sacerdote romano asesinado en Turquía en 2005, decía: “Para encauzar la ferocidad es necesario la inteligencia de la caridad y la movilización de recursos profundos”. La paz no está reservada a los hombres políticos, la paz es algo tan serio que no puede ser sólo responsabilidad de la política o de la diplomacia. La paz es nuestra: nos concierne y es nuestra misión. Existen la audacia de la imaginación, la escuela de la fidelidad a situaciones difíciles que generan ideas posibles...

Hace dos semanas, mas o menos, se firmó en San Egidio, un acuerdo por la reconciliación en Guinea Conakry. Sostener la paz y la democracia en Guinea Conakry ha sido uno de los objetivos recientes de trabajo por la paz de la Comunidad San Egidio. Luego del golpe de estado militar del año pasado, la situación de este país del África Occidental se volvió mucho más compleja: por un lado los militares en el poder y por otro, la sociedad civil y política que trabaja por sacar adelante el país. La Guinea es un país rico, pero su pueblo está empobrecido debido a los regímenes autoritarios, la corrupción y la violencia y esto desde la independencia.

San Egidio ha ayudado en el diálogo entre las partes y sostenido las Instituciones de transición que se han constituido a pesar de grandes dificultades. Quisimos apoyar el impulso hacia la democracia, convocando en Roma todos los partidos políticos y a los representantes de la sociedad civil para que se pongan de acuerdo sobre las normas comunes de la transición y para garantizar con ello, unas elecciones transparentes dentro de un clima pacífico de reconciliación. Dos documentos importantes emanaron, firmados por todas las partes: el acuerdo político global que establece las normas de la transición y la 'llamada de Roma' que establece el respeto entre las fuerzas políticas, la aceptación de los resultados y las garantías para los perdedores. Se busca evitar los conflictos étnicos y establece un gobierno de amplio acuerdo para que nadie se sienta excluido de este momento importante de reconstrucción del país. En Sant'Egidio, representantes que no se hablaban desde hace mucho tiempo, se encontraron en un espíritu de diálogo alrededor de la construcción de un futuro común para la Guinea. Este es un ejemplo de nuestra historia reciente.

Si somos pequeños, debemos ser grandes, grandes en el amor y la esperanza. El patriarca ortodoxo Athénagoras, padre del ecumenismo decía: *"Si sabemos seguir siendo grandes, la unión se hará"*. Si sabemos ser grandes, las comunidades humanas donde vivimos, no se rasgarán, al contrario se consolidarán, no se expulsará a los pobres, la humanidad florecerá. Seremos grandes si seguimos creyendo. Los sueños florecerán si obramos en el amor. El gran Hillel, un contemporáneo de Jesús decía: *"¡Allí donde no hay hombres, esfuérzate en ser uno!"*. Tu eres pequeño, tu eres una pequeña comunidad, esfuérzate por ser humana...

Queridos amigos, en nuestras comunidades se comprueba la experiencia de la universalización cristiana, que acompañó al cristianismo desde sus orígenes, como se ve en las cartas del apóstol Pablo. Cada comunidad, como la vuestra, es una globalización de la gratitud y la paz. Nuestras fraternidades universales son una señal y una respuesta a la lógica de la confrontación entre etnias, culturas,

civilizaciones diferentes. Son un signo de que hombres y mujeres, pertenecientes a historias y naciones diferentes, pueden convertirse en una familia sin fronteras. Nuestra globalización es una especie de resistencia a las leyes del mercado global, a pesar que en algunos casos debemos negociar con ellas.

Nuestras fraternidades no cuentan sólo con sus miembros; hasta cierto punto los pobres (los que cuidamos y los que se vinculan con nosotros) forman parte de nuestra familia. Nuestras fraternidades son también, en cierta manera, la internacional de los pobres, que pertenecen a países y continentes diferentes; un ejemplo de ello es la experiencia de DREAM, que se ocupa del tratamiento de enfermos del SIDA; ellas viven experiencias diferentes, pero un solo espíritu las une: el cuidado de los enfermos y de los que sufren. Nuestras fraternidades son una expresión de la mundialización de la solidaridad.

DREAM

Yo se que ustedes conocen ésta experiencia de encuentro y colaboración entre la Comunidad san Egidio y las Hijas de la Caridad, que en la diversidad de carismas, se funda en la necesidad de no renunciar a una visión de un mundo mejor, más humano. Espero que dentro de éste mismo espíritu encontremos una vías nuevas para trabajar unidos. Nosotros tenemos necesidad, los enfermos nos necesitan. Solo hay que afirmar que nuestra colaboración mutua no es solamente funcional, sino que debe ser un signo de nuestra amistad, que partiendo de los pobres y los enfermos, toca la profundidad de la comunidad cristiana. Ya lo he afirmado ante los hermanos ortodoxos: nosotros ya estamos unidos en la caridad.

Somos dos pequeñas internacionales sin fronteras, presentes en muchos países del mundo, amigas de los pobres, que además no han renunciado a una visión de esperanza.

Frecuentemente nos preguntamos cómo los laicos y los religiosos pueden colaborar juntos. Hemos llenado muchas páginas de teorías. La historia de colaboración entre familias eclesiales, que tienen historias y características diferentes está estrechamente unida a los pobres. Los enfermos de SIDA igualmente nos han dado la ocasión de encontrarnos. Esto es la muestra de que tanto unos como otros nos buscamos para servir a los enfermos y a los pobres. DREAM, el cuidado de los enfermos de SIDA, querido por san Egidio, comenzó en febrero del 2002 en Mozambique. En Choqwe, en la provincia de Gaza, las Hermanas de san Vicente de Paúl adoptaron DREAM por la primera vez, cuidando a más de 5000 enfermos: un pequeño grupo de mujeres, hombres y niños, que estaban condenados a morir.

Ellos lo sabían, pero ellos encontraron la resurrección. Un centro se unió en el 2006 en Kubwa en Nigeria con cerca de 1300 enfermos [en Nigeria, queremos abrir otros centros en el futuro], luego en el 2008 el centro de Nairobi en Kenya abrió sus puertas con unos 700 enfermos. El centro de Dschang en el Camerún abrió en el 2008 con 300 enfermos. El centro de Mbandaka en la República Democrática del Congo abrió sus puertas en el 2009 con unos 300 enfermos. Próximamente abriremos el centro de Masanga en Tanzania.

Este acuerdo general, con el cual intentamos un cuidado excelente, la formación y el equipamiento de laboratorios de biología molecular, nos permite realizar un sueño. Es lo que dijo Benedicto XVI, en el encuentro que tuvo con la comunidad de San Egidio en el Camerún: dar a los enfermos del SIDA en el Sur los mismos cuidados que se da a los en el Norte. Evitar y combatir la condena a muerte que representa esta pandemia, cuidando a los adultos y a los niños y previniendo la transmisión vertical de la madre al niño. Éste es un ejemplo real de comunión entre los laicos y los religiosos, alimentado por el amor a los pobres.

Hay que señalar que la Comunidad de San Egidio, tiene una larga historia de amistad con los religiosos. Cuando la Comunidad realizaba sus primeros pasos en los años 70 en Roma, los primeros amigos fueron algunos religiosos y hermanas de San Vicente de Paúl.

Somos una comunidad de laicos, con una vida profesional y familiar, pero estamos llamados igualmente a ser hombres y mujeres espirituales. Como decía san Juan Crisóstomo hablando al pueblo de Antioquía: son los laicos quienes necesitan la Palabra de Dios más que los monjes, pues ellos viven las dificultades y las incertidumbres de la vida cotidiana. Podemos convertirnos en verdaderos amigos de los pobres, siendo hombres y mujeres espirituales, escuchando la Palabra de Dios, abriendo nuestro corazón a la oración.

Muchos decenios de escucha de la Palabra de Dios y de oración común han transformado las pequeñas Comunidades de San Egidio en santuarios, donde muchos hombres y mujeres en búsqueda de sentido de sus vidas han encontrado un refugio. Aquellos que vienen a la oración en la Basílica Santa María en Trastévere, la ven llena de hombres y mujeres, no todos son miembros de la Comunidad de San Egidio, y vienen de todas partes [entre ellos muchos religiosos que viven en Roma y por tanto no están de paso]. No estoy diciendo esto para alabar la experiencia de San Egidio, sino para subrayar que nuestro testimonio de oración acogedora es generalmente el mejor don que ofrecemos a los otros. Es necesario abrir nuestras casas e iglesias, espacios de oración: ¡que sean bellos! El padre Tavrión decía: Es necesario mostrar la belleza, la gente vendrá.

Dentro de las muchas obras que nosotros llevamos a cabo, la oración tiene el primer lugar. La acogida en la oración fue el primer paso que marcó la amistad de la Comunidad de San Egidio con muchos religiosos y religiosas. Muchos de ellos nos han sostenido en los momentos de dificultad económica.

La Comunidad de San Egidio y ustedes, juntos veneramos y amamos al pobre en la amistad y la solidaridad; nosotros reconocemos en ellos la presencia del Señor: existe un sacramento del pobre como dice Olivier Clément. Para nosotros el sacramento del pobre ha sido un sacramento de unidad, que ha hecho de nosotros amigos y colaboradores. Esta experiencia de fraternidad en la solidaridad, es para todos nosotros un signo de esperanza y de profetismo. Sí, la profecía que hace que no nos resignemos ante del muro de lo imposible. Nosotros debemos orar, alimentar nuestra esperanza en la fe. Nosotros debemos tener unas visiones de esperanza, pues todo es posible para el que cree.

Concluyendo. El mundo sin historia “padece por falta de visión” escribía Wojtyla. Muchos no saben dónde ir y no ven el mañana. Sin embargo, las Escrituras nos proponen un ideal. Dios dice a Abraham: *“Levanta los ojos y mira, desde el lugar donde estás, hacia el norte, hacia el sur, hacia el oriente y occidente. Todo el país que ves, yo te lo daré a ti y a tus descendientes por siempre”* [Gn 13,14-15].

Abraham vio. ¡Aquello que ves te pertenecerá! ¿Qué quiere decir aquello? ¿Tu la ganarás y tu la poseerás? Aquello que tus ojos ven, tu visión, te pertenecerá. Tu poseerás hasta los límites de tu mirada.

Aquel país lejano, ese pobre lejano, ese hombre ignorado, será para ti... *Es la posesión suave del cristiano, posesión sin poseer*: probar amor, sentirse responsable, vincularse. Esta posesión suave, a través del amor y la responsabilidad, vincula al que está lejos, une al que se divide, acoge a los pobres, crea una familia en el mundo. Esto es lo que hace la historia.

William, un joven hermano de la Comunidad de Sant'Egidio de San Salvador, en Centroamérica, que vivía en un barrio dominado por la organización mafiosa de las maras, fue asesinado. Era culpable de ser un valiente muchacho, cuya inocencia y generosidad obstruía la acción criminal, pues probaba que se puede ser diferente en tal situación. Es un ejemplo de esta *violencia difusa*, sin ideología o política, pero despiadada, que afecta a tanto hombres y a mujeres en muchas partes del mundo. Que afecta a los cristianos también, sólo porque son diferentes.